

458/43



La conducta de éste, es análoga á la de un comerciante y padre cariñoso, que viendo que un hijo suyo despunta en sacar cuentas, le entregara los libros de su casa, atándose las manos para intervenir en los ensayos infantiles.

El sentimiento de bonachona ó irreflexiva paternidad pública de que hablamos, suele revestirse de apariencias razonables, diciendo: es menester elemento joven, elemento joven, que se renueve esto, que salgamos de la rutina; los jóvenes, tienen más bríos y más iniciativa.

Aparte de que es tan falso que los jóvenes sean, por lo regular, menos rutinarios que los hombres maduros, como que la experiencia de los viejos les sirve de ordinario para cosa alguna, los mozos de quienes se esperan grandes iniciativas, se creen obligados á tenerlas, y no hay cosa peor que forzar la máquina. Un joven que vá á una corporación, cree que se halla obligado á *hacer algo*, y de ordinario, hacer algó, cuando no es deshacer, es perder el tiempo, ó cosas que valgan tanto ó más que el tiempo mismo.

Y hay mil ocasiones en la vida de los pueblos en que la más grande iniciativa consiste en refrenarse de tenerlas, y el ma-

yor servicio dejar que las cosas corran libremente por su canal ordinario, desembarazando los obstáculos, sin meterse á nuevas canalizaciones.

Un joven que empieza á vivir, apenas sabe lo que vale el dinero y la vida, y quien en la de familia, regularmente dilatada, no ha pasado por mil perplejidades y aún angustias, quien no ha sentido la extensión de los sacrificios que de los vecinos exigen las necesidades públicas, está expuesto á tener iniciativas muy brillantes, pero muy poco provechosas.

Lo peor de todo radica en considerar á los cargos públicos como un aprendizaje para la vida y un muestrario de aptitudes, en vez de ser una cosa muy seria, término de una carrera útil y constante sacrificio por el bien público, sin idea de propia vanagloria; sacrificio muchas veces silencioso y oscuro. Y es que palpita el error, profundamente inhumano, de que los intereses públicos concernientes á todos, á nadie importan personalmente, que el dinero de todos no lo es de nadie.

Añádase á esto que las Corporaciones municipales suelen ser amenudo la rana ó conejillo de Indias de las teorías político-económicas, á donde acuden las gentes de teorías y los sectarios de los partidos militantes, á hacer experiencias *in anima vili* y á explicar, por vía de ensayo y propaganda, las doctrinas del partido y su programa.

Todo lo dicho no es más que como introducción al mal más grande, á la peor gangrena que esta tendencia á la *neocracia*, ó gobierno de los jóvenes, trae consigo.

Porque de ese espíritu que lleva á entregar en manos de los mozos que bullen la administración pública, se originan males de un género que es conveniente exponer, señalando á la vez la plaga gangrenosa que cae sobre un pueblo que se deja sorprender por los señoritos que jamás han tenido que ganarse con su sudor ni un capricho siquiera (como no sea con la baraja), y que echándolo todo á barato, juegan con los intereses generales, en cualquier taberna de buen tono, jactándose de escandalizar á las *reventantes* personas formales.

Pero esto merece artículo aparte.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao

núm. 3

domingo, 5 noviembre

1-88

1893

LA JUVENTUD

Y LOS CARGOS PÚBLICOS

II

Las personas que parecen, por razones de todos conocidas, más apropiadas para los cargos públicos, son aquellas que, no teniendo que trabajar, disponen de tiempo y de cierto reposo de espíritu, libre de los cuidados más angustiosos. De aquí que al fijarse un pueblo, ó los que lo manejan, en la flor de la juventud para embarcarla en los cargos públicos, detenga su mirada en los jóvenes, que, al atractivo ya expuesto de la edad, unan las ventajas que dá el haber heredado una posición desahogada y el, sino carecer en absoluto de quehacer, ser éste más bien nominal y por fórmula, que efectivo y eficaz.

Pero no todos estos jóvenes, y de seguro no siempre los mejores, suelen estar dispuestos á que llenen una candidatura con sus nombres, y entre los que acceden á ello, si bien los unos lo hacen movidos por noble ambición, los otros van á divertirse. A divertirse, así, como suena; á jugar con el público. Es este un fenómeno digno de ser señalado.

Apenas hay población algo populosa y próspera, sobre todo donde al amparo de esta prosperidad se ha improvisado con fortunas rápidas esa burocracia brutal que pretende sustituir á la extinguida nobleza, apenas hay tal población en que no abunden jóvenes de la *high life* burocrática, más ó menos gomosos ó *juerguistas*, huelan á perfumes ó á cerveza y vino, que se apolotonan y agazapiñan evitando el contacto con las pobres gentes que les rodean, dan en el prurito, ya de entender la vida y gozarla mejor que otros, ya de pasarla aburridos, y casi siempre en despreciar, con el desprecio del holgazán y el fátuo, á las pobres gentes que tienen que ganarse el pan de cada día, á los que llaman *mercachifles*, á los que se entusiasman por poco motivo, á los que viven encarrilados y no saben paladear el ingenio y distinción de estos señoritos.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



188 Como para ellos el mundo es un vasto salón de juego y la vida un *sport* más ó menos tolerable, se les ocurre un día jugar con los intereses públicos, juego distinguidísimo, lleno de emociones, y lo consiguen á las veces.

No pocas les ayudan á ello, con una debilidad deplorable, sus padres y allegados, personas respetables y respetadas, que se sirven de una reputación justa para colocar al hijo, darle que hacer y castigar con sus tresuras al país entero.

Cuando menos mal hacen estos señoritos mal educados, es cuando, satisfechos con el triunfo en la batalla electoral, que toman lo mismo que un asalto de esgrima, ó un partido empeñado, ó una regata de traincras, desatienden luego el cargo como cazador generoso y por puro amor al arte, que regala la pieza cazada ó no se toma la molestia de alzarla del suelo. Pero de ordinario, la broma mayor y más divertida empieza una vez dueños del campo los señoritos. Ya promueven líos y enredos para frotarse las manos de puro gusto y recrearse en ello con fruición de niño bobo, ya dan en el *sport* de representar el hombre sério, ya se jactan de oponerse á las *reventantes* personas formales, ya hay uno (y esto es histórico) que con aire de *blasé*, al oír que no hay razón para tomar este ó el otro acuerdo, responde: «Tener razón ó no tenerla ¿qué más da?», y se vuelve para apuntar al *as* ó á la *sota*.

Llega así un día en que los señoritos *juerguistas* ponen de tal modo las cosas, que no hay persona seria que no crea comprometida su dignidad si toma lo que ellos dejaron, y entonces vienen las quejas y el repetir á cada caso que los cargos públicos deberían ser coronamiento de una vida de seriedad y de trabajo.

Entre tanto, nunca faltan intrigantes y *negociadores* al por mayor que se aprovechan de estos señoritos como de instrumentos conscientes ó inconscientes, fomentando en ellos la tendencia al atropello del burócrata y del improvisado, la disposición á hacer los *enfants terribles* de los pobres burgueses, su gusto en c... en las personas formales que les *revientan*. (Otro es el vocablo.) El *sport* del atropello no es ninguna invención mía, no; es el plato más exquisito de esa doctrina cuyo principio es que lo más distinguido es vencer no teniendo razón, y su fórmula: «Tener razón ó no tener ¿qué más da?» Señorito hay que se apartaría con asco de uno que ganara en el juego haciendo trampas, y le parece la cosa más natural del mundo ganar una elección con falsificaciones.

Todo esto no son más que indicaciones y algo así como puntos de meditación que el lector puede vivificar acudiendo á su memoria.

Sería preciso escribir mucho y mucho más meditado para dar idea adecuada de cómo comprometen los intereses públicos y sirven á explotadores agiotistas, los que no sólo carecen en absoluto del sentido de la seriedad de la vida, sino que toman á ésta en juego y á aquella como pedantería intolerable, los que cansados de otras *juergas*, dan en divertirse contra el público y se empeñan en salir de la irremediable vulgaridad ramplonísima del señorito *juerguista*, como se empeñaba el barón de Münchhausen en salir del pozo en que cayó, tirándose de las orejas, con lo cual sólo con-

65

SIGUE (1-88) 1-89 (1-90) PARES

seguía alargárselas más y más. Hundiéndose en ese odiado é irremediable pozo, hasta que el agua llegue al cuello y provoque angustias, es como mejor se aprende la seriedad de la vida y no en tabernas, puestas de moda ó en *juergas* de buen tono burocrático.

El no tener que ganarse la vida es ya de por sí una causa poderosa de corrupción ó obliteración del sentido común. El vago que, en virtud de la ley de herencia de nuestro imperfecto grado de desenvolvimiento social, vive del trabajo de los demás bajo la engañosa forma de ahorros paternales, emplea su actividad, sacada de quicio, en divertirse con los que le mantienen. El que no trabaja de alguna manera, lo menos malo que hace es estorbar. De ordinario busca pasto á su actividad ociosa estropeando el trabajo ajeno, como los niños gozan en hacer daño y desesperar á los ancianos, á los débiles y á los desgraciados. El prójimo es para ellos ó un juguete ó extraño.

Otro mal no menos grave es que estos señoritos sirven de pasto á los parásitos, que, como es sabido, debilitan á la sociedad, chupándole la sávia sin resarcírsela y degeneran ellos mismos convirtiéndose, como los parásitos del reino animal, en meros sacos membranosos, en hombres-estómago.

Cruzándose y entrecruzándose los efectos, multiplicándose unos con otros, proyectándose aquéllos en éstos para refluir acrecentados, los males expuestos, con otros de índole análoga, engendran un estado social, en que el quejoso apenas tiene derecho á la queja, por haber exclamado desdeñosamente cuando aún era tiempo de remedio: «¡Exageraciones! ¡simplezas! ¡gananas de hablar!»

MIGUEL DE UNAMUNO.

Eco de Bilbao

núm. 4

1-89

domingo, 12 noviembre 1893

1-89

UNA RECTIFICACIÓN

La cosa es de muy poca monta, pero cada hijo de vecino tiene en su espíritu un rinconcillo quisquilloso y el mio es lo que se puede llamar *conciencia gramatical*.

En diversas ocasiones he escrito acerca de ortografía, y espero si Dios me ayuda, publicar algún día un trabajo acerca de su evolución, estudio que dá pie á mil curiosas observaciones porque no hay nada, por humilde que parezca, que no sea espejo en que se reflejen, de un modo ó de otro, multitud de fenómenos y de leyes.

En el segundo de los artículos que, bajo el título de *La juventud y los cargos públicos*, he publicado en ECO DE BILBAO, apareció un pasaje que decía que nunca faltan intrigantes que se aprovechan de los señoritos mal educados «como instrumentos conscientes ó inconscientes etc.»